

CUENTO N° 229

TÍTULO: DONDE EL DIABLO PERDIÓ EL PONCHO

SEUDÓNIMO: LUNA DE PLATA

AUTORA: ELIZABETH DEL CARMEN LÓPEZ NEIRA

DONDE EL DIABLO PERDIÓ EL PONCHO

Apuesto que ustedes creían que se trataba de un lugar bien remoto, que nadie sabía donde estaba, pero no, esta historia les va a explicar cómo fue que el diablo, malulo, coludo o como quieran llamarle, perdió una apuesta en un pequeño poblado campesino.

Porque han de saber ustedes que el diablo era bien aficionado a las apuestas, a los bailes, a las remoliendas y a las mujeres en general.

Esto sucedió hace muchos, muchos años en un pueblo de la cuarta región, más claro en la provincia del Limarí.

Se celebraba por ese entonces la fiesta del pueblo y todas las mujeres ya preparaban sus mejores atuendos y los huasos sus mejores aperos. En esta fiesta, que duraba una semana, se hacían carreras de caballos, de galgos, de burros o de lo que fuera, además se competía en bailes, palo ensebado, pillar al chancho, montar al toro y otras; pero todos los años el diablo era el ganador absoluto porque se las sabía todas. No había chica en el lugar que no cayera rendida ante los galanteos del malulo, nadie le ganaba a los gallitos, a bailar cueca, tocar guitarra, el acordeón, en fin, no había prueba en la que fuese superado.

Los ancianos del pueblo se reunieron en Consejo Extraordinario para deliberar acerca de qué tipo de competencia podría hacer perder al diablo. Este por su parte, allá en su rancho, desde la mañana se preparaba en todas las artes que dominaba para estar en forma, ya que tenía como meta agregar un nuevo trofeo a su colección. Demás está decir que tenía varias habitaciones con medallas, copas, galvanos, certificados, diplomas y hasta un Oscar, pero siempre ambicionaba más.

Y llegó el día de las presentaciones y se presenta el diablo en su corcel negro envuelto en una nube de humo, todo campechano como quien se sabe triunfador. Vestía el más bello poncho de huaso jamás visto, reunía en sí los colores de todas las estaciones y finos hilos de oro rebordeaban los fantásticos dibujos del tejido. Al ver semejante prenda, don Blas, el cacique del pueblo y toda la concurrencia quedaron por un instante extasiados de admiración. Y siendo sinceros con un poquito de envidia también.

Las fiestas comenzaron como de costumbre, el jefe del pueblo dio a todos la bienvenida, habló de la tradición campesina, de la fiesta huasa e inició las festividades con la tradicional chicha en cacho. Todos bebieron y de acuerdo al programa todos se divertían como nunca.

Transcurrió la semana de competencias y el día final, el recuento arrojaba una humillante derrota para el pueblo y una sonrisa de satisfacción ya imaginan ustedes para quién. Recordemos que se habían hecho concursos de todo lo imaginable.

Entonces el jefe tuvo una idea brillante que no fue compartida por el honorable Consejo de Ancianos. A él le correspondía la última competencia de este día. Como jefe del pueblo y hombre de campo que era, lo que más amaba en el mundo, fuera de su familia, era su pueblo con sus costumbres y tradiciones. El diablo, lo que más amaba en la tierra, fuera de ganar adeptos, era su poncho de huaso, aquél que lucía en esta ocasión. Bueno pues, don Blas competiría con su adversario, si perdía el diablo se quedaba con el pueblo; si el diablo perdía, le entregaba a don Blas el poncho y desaparecía para siempre de sus vidas. Se firmó el acuerdo ante notario.

Comenzó la competencia, se escogió lo único que no se había hecho: “piropos a las mujeres del poblado”. A los galanteos del jefe, remataba el diablo con sus mejores dichos, a los piropos de aquél, contestaba el jefe con otros mejores. Y así estaba que arde la competencia, ninguno cedía, don Blas se las traía y sacaba lo mejor de su repertorio. Al llegar la noche se realizó el cómputo final. Don Blas, campesino de tomo y lomo, ganaba por dos puntos al diablo, personaje conocido por lo mundano envidioso y muy corto de genio, tanto que cuando escuchó el resultado reventó de rabia dejando un puro olor a azufre que no se quitó ni en tres días.

Y así el jefe se quedó con su pueblo, con el codiciado poncho y con el mayor trofeo, el orgullo de haberle ganado al diablo.

Esto figura en los anales de la historia y también que el diablo, humillado por la derrota se refugió en Salamanca, donde después de unos años contrajo matrimonio

Luna de Plata

con una brujita del lugar de la cual se enamoró y desde entonces junto a su descendencia recorren el mundo engañando a gente incauta y haciendo maldades por doquier.

Ah ¿y quieren saber cuál fue el piropo de don Blas? Pues este:

“Dicen que soy hipertenso, pero yo sé que estoy bien, solo que cuando te veo se me acelera el corazón”

